

La paz y la negociación, única vía razonable

JORGE CASTAÑEDA

NOTICIA

El 22 de septiembre último, el secretario de Relaciones Exteriores de México, Jorge Castañeda, pronunció en la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, en el curso del debate general del Trigésimo Sexto Período Ordinario de Sesiones de la Asamblea General de ese organismo, un discurso en el que precisó aspectos fundamentales de la política exterior mexicana. Enseguida se reproduce esa intervención, con pequeños ajustes editoriales. El título es de la Redacción.

TEXTO

A nombre del Gobierno de México extendiendo la más cordial bienvenida al nuevo Estado independiente Vanuatu que se suma a nuestras filas, enriqueciendo así la Organización. Quisiera también referirme, de manera específica, al otro recién nacido Estado soberano cuya independencia fue proclamada ayer. Hablo, claro está, de Belice, nación hermana tan cercana a México no sólo por geografía, sino en lo más importante: la aspiración a construir su propio destino. Mi Gobierno ha sido el primero en apoyar su ingreso a las Naciones Unidas.

Para México, la independencia de Belice es un ejemplo de cómo, a través de las organizaciones que la comunidad internacional se ha dado para convivir en paz y armonía, es posible hacer imperar los principios más nobles y en particular aquel que norma la política exterior de mi Gobierno: la libre determinación de los pueblos. En el proceso que ayer culminó, fue decisiva la resolución que esta Asamblea adoptó el año pasado, apoyando sin reservas el derecho a la independencia del pueblo beliceño. Por lo que toca a México, tenemos la firme intención de colaborar en lo político y en lo económico con el nuevo Estado para que éste consolide plenamente su independencia. Nos preocupa, sin embargo, el elemento adicional de tensión introducido en el área y en nuestras fronteras por la falta de reconocimiento del Gobierno de Guatemala a la independencia de Belice. Esperamos que las dos naciones vecinas a México —Belice y Guatemala— encuentren pronto una solución mutuamente aceptable por el único

camino eficaz: el de la negociación. Ofrecemos nuestra cooperación para ese propósito.

Resulta hoy casi trivial afirmar que la situación internacional se ha agravado seriamente. Todos los estados miembros de esta Organización y todos los pueblos lo saben porque sufren cotidianamente los efectos de esa agravación. Para México, lo importante hoy, lo indispensable, es examinar cuidadosamente las causas de la agudización de las tensiones que padece el mundo, a efecto de que la comunidad internacional en su conjunto pueda actuar para rectificar el rumbo.

En nuestra opinión, son dos los grandes ejes que han conducido al deterioro del clima internacional: por un lado, el creciente enfrentamiento político entre las dos superpotencias mediante una verdadera guerra de declaraciones que ha hecho añicos la distensión y, por otro, los obstáculos cada día mayores a los que se enfrentan los pueblos en desarrollo en sus luchas por transformar tanto las estructuras internas de sus países como las relaciones económicas internacionales.

Hoy, ya no se puede decir que se encuentra estancado el proceso de distensión iniciado hace casi veinte años y que tantas esperanzas suscitó en el mundo. Está en franco retroceso. Volvemos a la época de la retórica estridente, de la carrera armamentista, absurda porque no hay ganador posible. Nuevamente nos encontramos ante una ausencia de diálogo o siquiera de comunicación, y sobre todo, frente a la anteposición de intereses egoístas de las grandes potencias a aquellos —superiores— de la comunidad internacional. Si hace algunos años, en la era de la distensión, se pudo hablar de la imposición al resto del mundo del “condominio del entendimiento soviético-estadounidense”, hoy, con mayor razón, podemos afirmar que se le está imponiendo a la humanidad un condominio todavía peor: el del enfrentamiento.

No le corresponde a un país en particular repartir culpas o premios o señalar con el dedo acusador a los presuntos responsables. Pero sí es obligación de cada país manifestar claramente su posición frente al creciente número de litigios entre las dos grandes potencias. Por una razón evidente: nos

afectan a todos, y no sólo a ellas. Desde nuestro punto de vista, la actual crisis en las relaciones entre las superpotencias tiene un doble origen reciente: la intervención armada de la Unión Soviética en Afganistán y la decisión de la OTAN de proceder a la instalación de los euromisiles en respuesta al despliegue soviético de los misiles SS-20.

Mi Gobierno expresó su claro desacuerdo con la injerencia armada de una de esas potencias en Afganistán y sigue considerando que ese acto, violatorio de las normas de conducta internacional, ha contribuido en gran medida a crear un clima reminiscente de la guerra fría.

México recibió con preocupación la decisión de la OTAN de instalar en Europa los proyectiles Pershing y de crucero, preocupación que expresamos ante esta Asamblea el año pasado. Consideramos, sin embargo, que la otra decisión tomada por la OTAN, indisociable en principio de la primera, y relativa al inicio de negociaciones ante el Pacto de Varsovia y la propia OTAN sobre el desarme nuclear en Europa, era alentadora. Pero hoy no podemos sino manifestar nuestra consternación ante lo que es, a todas luces, la disociación de lo que debería ser inseparable. Actualmente no hay negociaciones ni se vislumbra la voluntad política que garantice, en caso de que las hubiera, su conducción a buen término. En el peor de los casos, vemos un deseo irrealizable de lograr una superioridad militar por medio de un rearme con trasfondo belicista; en el mejor de los casos, comprobamos la voluntad de restablecer un equilibrio militar, supuestamente perdido, sólo por la vía de la carrera armamentista, incluyendo la odiosa bomba de neutrones.

Señores gobernantes de las grandes potencias: ¿para cuándo el verdadero inicio de verdaderas negociaciones? Los pueblos del mundo están en su derecho al exigirles que cese su escalada verbal y su polémica estéril; que cesen las provocaciones de unos y otros; que cese la renovada y absurda carrera armamentista, y, sobre todo, que cesen las intervenciones o amenazas de injerencia en los asuntos internos de otros países, a nombre de la cruzada que cada una de las superpotencias ha emprendido contra la otra; que comiencen de inmediato las negociaciones y un diálogo, incluso al más alto nivel, entre los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Cuando las grandes potencias olvidan sus responsabilidades ante la comunidad internacional, los demás miembros de ésta tienen la obligación de recordárselas.

La tienen porque, si bien es cierto que una nueva guerra tendría efectos nefandos para todos los países sin excepción, la crisis actual afecta ya en primer término a los pueblos de los países en vías de desarrollo. Es este el segundo gran eje al que me referí anteriormente: el recrudecimiento de la oposición a la que se enfrentan nuestros pueblos en su lucha por liberarse de estructuras internas y externas de dominación o injusticia. Rechazamos la tesis según la cual los conflictos y las zonas de tensión en Centroamérica y el Caribe, en África Meridional, y en Asia Suroriental y Occidental son mero reflejo de la rivalidad y del enfrentamiento entre las dos grandes potencias. Obedecen ante todo a condiciones locales, pero sería ingenuo vendarse los ojos y no ver que ese enfrentamiento entre superpotencias atiza los conflictos locales, que son el resultado de la lucha de los pueblos contra la injusticia y la opresión. Las grandes potencias están inyectando su animadversión en las

tensiones existentes en el Sur del planeta, exacerbándolas y acercándolas peligrosamente al umbral de la internacionalización.

Es el caso de lo que ha venido ocurriendo últimamente en Centroamérica y el Caribe y en África Meridional, las dos zonas de mayor tensión actual, en nuestra opinión, además, por supuesto, del Cercano Oriente. No nos explicamos el apoyo que un país con tradiciones democráticas ejemplares da al régimen racista de Sudáfrica, y sus agresiones contra los pueblos de Namibia, ilegalmente ocupado, y Angola, ilegalmente invadida, en su afán de oponerse a la otra superpotencia en una zona considerada como "estratégica". La única solución viable en África Meridional es el respeto a las auténticas aspiraciones de los pueblos de la región: fronteras seguras y reconocidas para Angola y la independencia real de Namibia, y fin del régimen de *apartheid* de Sudáfrica. Si en su lucha por realizar estos anhelos, los pueblos de la región no encuentran el apoyo de los países democráticos de Occidente, recurrirán inevitablemente, como ya lo están haciendo, a quien sí les brinda su apoyo.

Para nosotros, la simple presencia o ausencia de una u otra gran potencia no es lo decisivo para caracterizar políticamente una situación. La presencia militar de una de ellas no es, *per se*, necesariamente algo bueno, ni la presencia de la otra es, *per se*, necesariamente algo malo. Todo depende de lo que cada quien haga. Es políticamente encomiable la actitud de quien ayuda a un pueblo a realizar sus legítimas aspiraciones de independencia y de justicia, y no lo es la de quien ayuda a un régimen opresivo y represivo que mantiene sojuzgado a un pueblo. Creemos que esto es cierto tanto en Namibia como en Afganistán.

La situación en Centroamérica y el Caribe también ha sufrido, por la razón que acabo de exponer, un grave deterioro en el último año. Mi Gobierno ha considerado, desde hace tiempo, que todos los países del área, o con intereses en ella, deben hacer lo posible para reducir esas tensiones, afirmando a la vez que la única forma de lograrlo es partiendo de la legitimidad de las luchas que en estos países se están librando. Es inconcebible que la paz, la democracia y la prosperidad puedan imperar en una región si persisten estructuras seculares de injusticia y dominación. Y siendo la región lo que es, es prácticamente impensable que esas estructuras puedan ser transformadas sin turbulencia, sin lucha.

A partir de estas consideraciones, el Gobierno de México ha desarrollado una política hacia la zona que incluye varias facetas, que no siempre es fácil conservar unidas en un esquema global. Por un lado, hemos buscado mantener abiertas las líneas de comunicación política con todos los gobiernos del área, incluyendo encuentros a nivel presidencial. Esto nos ha permitido dialogar, e intercambiar puntos de vista sobre la crisis centroamericana y, en la medida de lo posible, evitar que cese el contacto entre gobiernos que deben dialogar.

Asimismo, participamos en programas de cooperación económica regional que, si bien no pueden resolver por sí mismos la crisis actual, pueden coadyuvar a su solución. Este es el sentido del Acuerdo de San José, firmado por México y Venezuela hace más de un año, relativo al suministro de petróleo al área en condiciones concesionales, y que constituye

la primera piedra de la posible realización del Plan Mundial de Energía propuesto por el presidente José López Portillo. Hemos dicho siempre que los programas de ayuda económica deben estar completamente desprovistos de discriminación política: así hemos actuado en el marco del Acuerdo de San José, y así hemos pedido que actúen los países que, reunidos en Nassau en julio de este año, buscan formas de contribuir a la prosperidad económica real de la región.

Por otra parte, el Gobierno de México ha estimado que la situación regional y mundial le exige estrechar los lazos de amistad y de solidaridad que lo unen con ciertos países del área. Esta posición es pilar y constante de la política exterior mexicana, y no podría ser de otro modo. Con Cuba y Nicaragua nos unen lazos que proceden de un origen común: sabemos los tres países lo que significa una revolución, por distintas o divergentes que las nuestras hayan sido. El Gobierno de México sabe, porque lo ha vivido, lo que significa el aislamiento regional que resulta de una revolución. Y sabe también las tensiones que ese aislamiento puede acarrear.

Por ello, en múltiples ocasiones durante el último año hemos dicho en reuniones privadas lo que ahora decimos en este foro: la falta de comunicación entre el Gobierno de Cuba y el de Estados Unidos, y el creciente deterioro del diálogo entre Nicaragua y Estados Unidos son causas básicas de la crisis centroamericana y del Caribe. Lo afirmamos con la fuerza y autoridad que nos confieren nuestras excelentes relaciones y amistad con los dos países: mientras no hablen, discutan, o converjan Cuba y Estados Unidos, no puede haber ni habrá concordia en la zona.

Seguimos también buscando las vías conducentes al cese de la crisis sangrienta en El Salvador. Hace poco, con el Gobierno de Francia, hicimos un llamado a la comunidad internacional para que contribuyera al logro de una solución política a la guerra civil que sacude este país. Pero le damos al término "solución política" el único contenido que, en nuestra opinión, pueda hacerla justa, viable y duradera. Solución política significa negociación entre las partes en contienda. Por ello reconocimos a las organizaciones que la oposición salvadoreña se ha dado, es decir, al FMLN-FDR,¹ como fuerzas políticas representativas que legítimamente deben participar en cualquier negociación.

Algunos han dicho que tal reconocimiento es, por un lado, intervencionista y, por el otro, carente de fundamentos en la medida en que las fuerzas de oposición no constituyen más que un pequeño sector de un amplio espectro político. Ante ello, mi Gobierno ha reiterado su posición en tres puntos:

- 1) El Gobierno de México no acepta presiones, vengan de donde vengan.
- 2) El llamado de México y Francia a una solución política negociada entre las dos partes en contienda no constituye una intervención en los asuntos internos de El Salvador.
- 3) Como ha declarado el presidente López Portillo, la mejor prueba de la fuerza, representatividad y apoyo popular

1. Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y Frente Democrático Revolucionario (N. de la R.).

de la oposición salvadoreña es justamente que la Junta de Gobierno se haya visto obligada a llegar al extremo de solicitar una intervención extranjera para mantenerse en el poder y que otros países se hayan visto obligados a responder favorablemente a esa solicitud.

Resulta una peligrosa generalización afirmar que los problemas de América Latina deben ser resueltos por los latinoamericanos, si no se precisa que es a cada pueblo y sólo a él mismo, no a sus amigos, vecinos o protectores, a quien corresponde el derecho de autodeterminarse. De otro modo, podríamos legitimar la instauración de consejos de vigilancia o falanges regionales, claramente intervencionistas y, por ello, inaceptables.

Coincidimos en que el conflicto salvadoreño no debe reproducir la tragedia de la guerra de España; por ello insistimos en una solución negociada. Pero si así ocurriera, México, al igual que hace cuarenta años, estaría en contra de la intervención extranjera y al lado de los verdaderos intereses del pueblo.

Mi país tiene demasiado apego a los principios que norman su conducta y demasiada tradición para dejar de asumir sus responsabilidades. Seguiremos nuestro camino, junto con países amigos como Francia y muchos otros, hasta que triunfe la razón. México no podría actuar de otra manera y no habrá de variar su posición, ni hoy ni mañana.

Si el enfrentamiento entre las dos grandes potencias ha contribuido a obstaculizar los intentos de los pueblos por transformar sus estructuras internas, también ha sido un freno en el proceso de cambio de las relaciones económicas internacionales.

Debo mencionar a este respecto, y antes de referirme a lo esencial, es decir, a la serie de negociaciones globales y a la cumbre de Cancún, a la situación en torno a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Es motivo de seria preocupación para mi Gobierno la actitud asumida por algunos países industrializados, y en particular por Estados Unidos, frente a los logros ya obtenidos.

Cuando la comunidad internacional inició este proceso de negociación, lo hizo de buena fe, confiados en que había llegado el momento de reglamentar los océanos.

Esas negociaciones, en las que han participado más de 150 estados soberanos, estaban a punto de terminar. Seguimos creyendo firmemente que dentro del proceso de codificación era y continúa siendo el mayor esfuerzo que se ha emprendido.

Si ahora resulta que la labor de tantos años no es aceptable para esos países, todo el proceso de negociación multilateral se verá gravemente afectado, pues difícilmente se nos puede pedir que iniciemos negociaciones con la misma confianza si sabemos de antemano que el resultado de nuestra labor puede ser desechado por uno o varios de los países que tomaron parte en el proceso negociador.

Además, estimo que todos deberían pensar con mayor cuidado en las graves consecuencias que tendrá la falta de una convención. Desde luego, en nuestra opinión y en la de casi

todos los países en desarrollo, la falta de firma por algunos países, y aun la falta de apertura a la firma, no significa que el mundo vuelva a la situación que privaba antes de empezar la elaboración de esta convención, esto es, a la vigencia de las convenciones de Ginebra de 1958, como si nada hubiera pasado. A nuestro juicio, la actividad de la Conferencia, los importantísimos acuerdos implícitos que quedaron incorporados en el articulado, dieron lugar a numerosas prácticas de los estados, muchas de las cuales sin duda tienen el carácter de costumbre, que dieron origen a verdaderas normas jurídicas. Pero la falta de convención sí tendrá la enorme desventaja de generar incertidumbre y aun caos y anarquía en un terreno en que la comunidad internacional necesita imperiosamente claridad y estabilidad.

Quisiera aprovechar esta tribuna para hacer un llamado a todos para que redoblemos nuestros esfuerzos y concluyamos la negociación de una convención universal que es, a nuestro entender, la única forma en que podrán resolverse los asuntos relacionados con el aprovechamiento de los recursos marítimos.

El imperativo de ofrecer respuestas eficaces a los apremiantes problemas de la economía internacional se manifiesta, con fuerza incontrastable, ante esta Trigésima Sexta Asamblea General.

Como hace doce meses, la Asamblea está llamada a decidir sobre el destino de la más importante de las iniciativas en materia de negociación económica multilateral en la primera mitad de los años ochenta: la serie de negociaciones globales. Como otros países en desarrollo, México ha manifestado su desencanto y preocupación ante el hecho de que hayan transcurrido casi dos años desde que la Asamblea General adoptara, por consenso, las resoluciones relativas a la serie de negociaciones globales, sin que haya sido posible definir la agenda y los procedimientos que habrán de regirlas y, en consecuencia, darles inicio, a pesar de la extrema urgencia y gravedad de los problemas a los que las negociaciones deben hacer frente.

Al adoptar la iniciativa de las negociaciones globales la Asamblea General tuvo plena conciencia de que su práctica no estaría, de ninguna manera, exenta de dificultades. A la luz de las experiencias de la negociación económica multilateral, fueron muchos los países que abrigaron la convicción de que el éxito de la negociación global exigiría esfuerzos paralelos, pero independientes, orientados a satisfacer las condiciones que deben cumplirse para alcanzar dicho éxito. Estos esfuerzos adicionales no sólo deberían orientarse a facilitar los acuerdos para la serie de negociaciones globales, sino contribuir también a otras instancias de negociación. Deberían tener por objeto movilizar la voluntad política necesaria para conseguir avances efectivos, para reconocer las nuevas realidades de la economía mundial y sus consecuencias en materia de cooperación internacional para el desarrollo.

En vista de esta situación, el canciller Kreisky, de Austria, y el presidente López Portillo, de México, tomaron la iniciativa de convocar a la Reunión Internacional sobre Cooperación y Desarrollo que, a nivel de jefes de Estado o de Gobierno, habrá de efectuarse en Cancún dentro de un mes. Como claramente establecieron en sus consultas los once países que inicialmente

impulsaron la iniciativa y como lo han ratificado sus veintidós participantes, la Reunión busca un entendimiento político al más alto nivel por parte de los jefes de Estado o de Gobierno, para que este esfuerzo de cooperación económica internacional pueda iniciarse, sin pretender, de manera alguna, perjudicar o sustituir a nuestra Organización como el foro natural de las negociaciones.

Es esta la naturaleza y el objetivo de la cumbre de Cancún: oportunidad para el debate informal de carácter político y al más alto nivel, en búsqueda de entendimientos, también de naturaleza informal, que despejen el camino de los futuros esfuerzos de negociación; que los faciliten por la vía de una mejor comprensión de la magnitud, alcance y modalidades de los problemas; que abran nuevas vías para la acción.

Puede argüirse, y el argumento ha sido presentado, que la difícil situación de la economía mundial y que el desalentador historial de los esfuerzos de negociación económica multilateral no presagian el éxito de este nuevo intento; que podría haberse buscado, quizá, un mejor momento; que podría haberse esperado a contar con mejores auspicios.

El Gobierno de México considera, sin embargo, que los problemas de la cooperación y el desarrollo demandan atención urgente al más alto nivel político y que la situación actual, así como el estancamiento de las negociaciones económicas multilaterales y los limitados progresos alcanzados por la cooperación internacional para el desarrollo, son poderosos llamados a la acción. Por ello, nuevamente, habrá que asumir responsabilidades. El conjunto de la comunidad internacional juzgará el grado de éxito que eventualmente se alcance. Empero, tenemos la firme convicción de que reconocerá, cualesquiera que sean los resultados que se obtengan, que no se quiso dejar pasar una oportunidad de entendimiento y avance y que no se escatimaron esfuerzos para lograrlo.

El poco alentador panorama del mundo actual es, para muchos, fuente de justificado pesimismo. A los problemas derivados de la agudización de la crisis económica internacional y el deterioro de la situación económica de muchos países en vías de desarrollo, se ha aunado la estridencia de la renovada tensión entre las dos grandes potencias, basada en actitudes que pensábamos que se habían dejado atrás.

A pesar de los esfuerzos de muchos países, las salidas viables y decorosas a los problemas que afronta la comunidad internacional parecen ser cada vez más escasas. Por esa razón, hoy más que nunca debemos reafirmar nuestro compromiso con los propósitos y principios de la Carta de esta Organización y redoblar nuestros esfuerzos para no apartarnos del camino de la cordura. México, por su parte, con sensato realismo, seguirá la única vía que considera razonable: la de la paz y la negociación.

Así lo hemos hecho en los foros del desarme y en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar; así lo estamos haciendo al reunir en Cancún a veintidós jefes de Estado o de Gobierno, y así continuaremos proponiéndolo en el caso de El Salvador.

No hay problema sin solución. Encontrarla depende de nuestra voluntad y de nuestra capacidad. Hallémosla juntos. □